M. Dumas: Tal es mi convicción. Mi hijo me ha dicho que M. de Beauvallon era caballero y que no abusaría de su destreza; que desarmaría á Dujarier ó le heriría en el brazo. Estas palabras se le dijeron á Dujarier.

P. ¿Por quién?

R. Por personas oficiosas como siempre las hay.

El abogado M. Berryer: ¿Qué piensa M. Alejandro Dumas, de haber respondido M. Dujarier por medio de dos testigos?

R. Esto se practica siempre así y acontece cuando se arriesga la vida, un capital contra otro capital. Se buscan testigos para hacer concesiones que por sí mismo no se harían. Los testigos responden por el que los envía; son dos padrinos que se encargan de su vida, de su honor. Hacen las concesiones en su nombre privado; y verifican cosas que no haría uno mismo. Además, es más fácil la discusión entre los testigos, porque no tienen derecho de ofenderse; y pueden decirse cosas, que dichas por los mismos adversarios harían el duelo inevitable. El enviar testigos no significa la voluntad de batirse; esto no es colocar la cuestión en el terreno del duelo; es elegir un medio de conciliación y arreglo. Así se halla consignado en el Código del Duelo, firmado por M. de Chateauvillard y por los primeros nombres de la literatura y de la nobleza. (Rumores). Aquí lo teneis, ese código del Duelo: debe estar en las librerías de esta población. Así se disminuye el peligro, dividiéndose entre los testigos y los adversarios.

El fiscal: Según ese código del Duelo, ¿es leal provocar con la espada al hombre que no sabe manejar esa arma?

M. Dumas: Casi nunca se sabe la habilidad y destreza del adversario: esta es una ventaja de posición para cada uno; lo cual es tan cierto, que muchas personas se ejercitan en su casa para que no se sepa su destreza: este es su secreto y una ventaja.

El fiscal: Verdaderamente que no es muy leal semejante proceder.

M. Dumas: En un duelo ceden el lugar las cuestiones de generosidad y delicadeza ante la gran cuestión de existencia.

El fiscal: No me parece muy moral lo que decís.

El presidente: No ocupará mi biblioteca el código del Duelo. (Risas.)

M. Dumas: Pues no obstante, esa obra ha impedido más que ha fomentado duelos.

El abogado M. Leon Duval: ¿Cuál era el carácter de Dujarier?

R. Dujarier tenía dos caracteres: con sus amigos era sumamente amable, generoso y confiado, pero como había hecho una fortuna rápida, temía siempre, cuando se hallaba con extraños, que se aludiera á esto, y por eso se mostraba en extremo susceptible. Con nosotros era muy complaciente, por lo que le queríamos con todo el corazón. Sin embargo, el temor de que acabo de hablar le hacía explicarse con secatura, aunque no tuviera intención de ofender. Ese tono seco llegó á suscitar querellas conmigo en mi misma casa.

P. Según eso ¿era provocativo M. Dujarier?

R. No; pero su secatura en contestar podía ocasionar una provocación. Entre la provocación que él podía recibir y las palabras que pronunciaba, mediaba solo un paso.

M. Berryer: ¿Cuál es el carácter de Beauvallon?

M. Dumas: Mi hijo me ha dicho que es un caballero, y nada más.

Se oyó por vía de ilustración á este joven que así distribuye patentes de caballerosidad, al hijo de M. Dumas, de edad de veinte años: es, según dice, literato, pero el pintor futuro de ese mundo de contrabando, que más adelante se bautizará con un nombre célebre, se halla en aquella época absorbido por la brillante luz del astro paterno. El hijo de M. Dumas encuentra á M. de Beauvallon *muy amable*. M. Dumas, padre, hace una salida tan solemne como su entrada, diciendo: «¿Puede permitirme el tribunal que regrese á París, donde se representa un drama mio en cinco actos?»

Otra escentricidad esperada impacientemente es la querida de Dujarier, esa Lola Montes, demasiado célebre posteriormente por sus caprichosas y extrañas calaveradas, por su condado de Lansfeld, y por esa revolución de descontento que escitó en la pacífica Baviera. Lola no era aun en 1846, más que una bailarina de tercer orden, silbada al presentarse por primera vez en la escena en el teatro de la puerta de San Martín, no á causa de su baile pretencioso y vulgar, sino en castigo de sus impertinencias para con el público. Por lo demás, es una arrogante figura, de negros ojos de mirada imperiosa. En vano se pretende ver en su mano la fusta famosa con que castigó más de una vez á gendarmes, acreedores y aun, según se dice, á sus amantes. Su traje es elegante y sencillo: vestido de raso negro que arranca de un tallo flexible y de elegante combadura, sobre el que se ostenta y estiende una rica cachemira de la India. Dice llamarse *Dolores Montes*, y declara ser de edad de veinte y un años. Su acento extranjero es sumamente pronunciado.

»Hace un año, dice, que se me interrogó sobre este asunto, y entonces me hallaba en un estado del mayor tedio y disgusto... Desearía más que no se me interrogara. Yo trataré de explicarme sin que se me interroge.

Presidente: Explicaos, pues.

Lola Montes: Recuerdo haberme dicho Dujarier en el palacio real, que prefería no entablara relaciones con nadie, especialmente con M. de Beauvallon. Quise ir á la comida, pero no me lo permitió. M. Dujarier volvió á las seis de la mañana; estaba muy agitado, y me dijo que dispensase porque llevaba entre manos un asunto desagradable. Yo sabía que había personas que le querían mal, por lo que me hallaba inquieta. Yo le molesté todo el día para saber cuál era aquel asunto. A la mañana siguiente, es decir, el domingo, me dijo que quería que le acompañara á almorzar Arturo Bertrand, y me confesó que había tenido un lance. M. Bertrand me dijo con su tono brusco: «¿qué haceis aquí? idos al ensayo: no es este el lugar propio de las mujeres.»